

Alrededor  
de Santa María  
parte de  
una necrópolis  
paleocristiana  
en lo que habían  
sido cuarteles  
medievales.



# ROSAS DE LA ANTIGÜEDAD A LA EDAD MEDIA

Por PEDRO DE PALOL

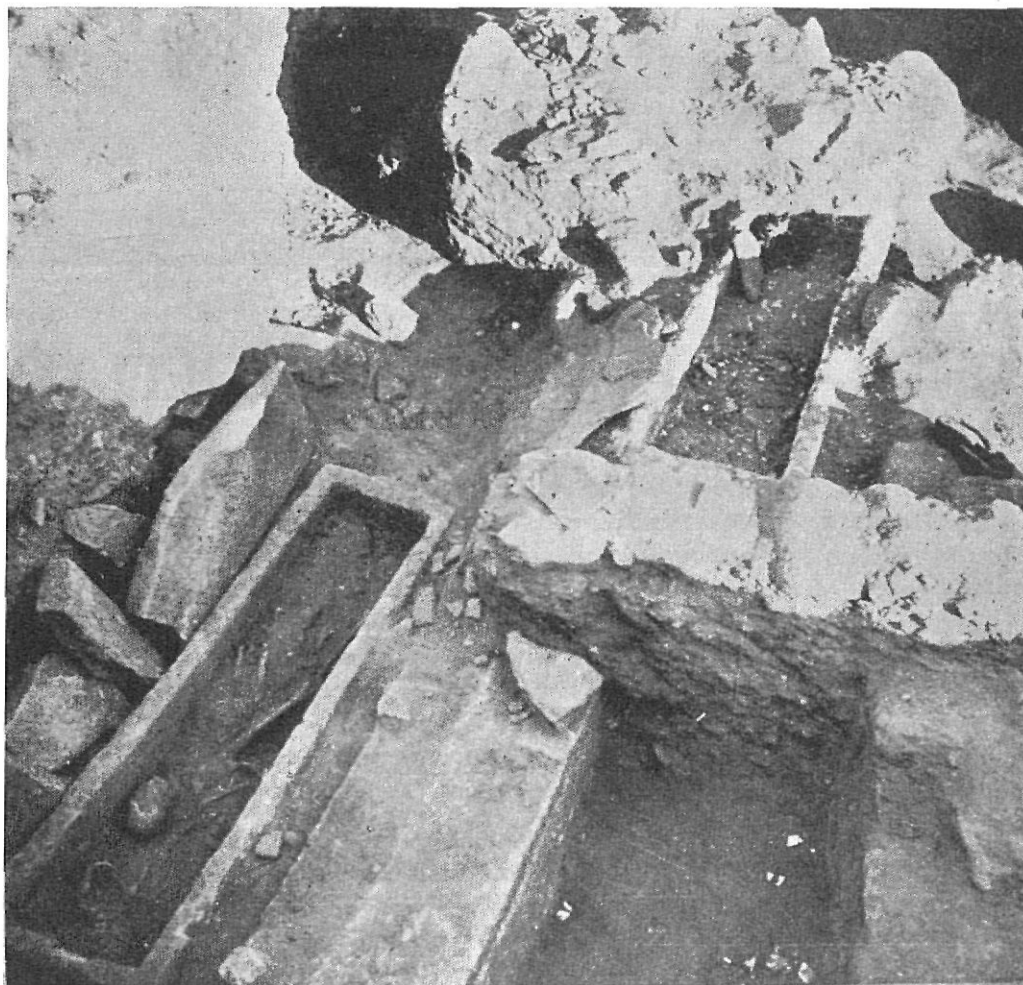
Los restos arqueológicos que encierra la villa de Rosas, frente a su maravilloso golfo y junto a las últimas estribaciones del Pirineo Oriental, tiene un extraño atractivo tanto para el científico como para el simple aficionado. Las condiciones de lugar; posibilidades de trabajo, con los importantes resultados que del mismo van desprendiéndose, incluso desde un punto de vista estrictamente turístico y ornamental de este bellissimo rincón de nuestra Costa Brava, son a todas luces de una categoría fuera de toda ponderación, y abren un sin fin de posibilidades amplísimas que, correctamente encauzadas, pueden convertir la ciudad de Rosas en uno de los centros de nuestra costa mediterránea más atrayentes y más positivamente bellos en el aspecto artístico y turístico.

Rosas conserva celosamente un sin fin de secretos históricos de tono apasionante que únicamente la piqueta del arqueólogo puede desvelar en su paciente trabajo de buceo en un pasado sin historia escrita, o con escasísimas noticias literarias. En este aspecto el lugar es importante. Si proyectamos después la ordenación de lo hallado —restos arqueológicos de las ciudades y los hallazgos menudos capaz de nutrir un Museo Monográfico— en un horizonte urbano turístico, ajardinado y bello, los recintos arqueológicos se convierten en auténticos parques turísticos, bellos y atractivos.

Dos zonas, en Rosas, son susceptibles de adquirir esta realidad. La más extensa y rica —no queremos decir importante, por la variada gama de valores que despierta este adjetivo— es la vieja *Ciudadela*, donde en forma estratigráfica, se superponen culturas que van desde la vieja Rhode griega, hasta las fortificaciones militares que le dan nombre, en forma de ciudadela estrelada, de arte neoclásico de una belleza especial y muy sugestiva.

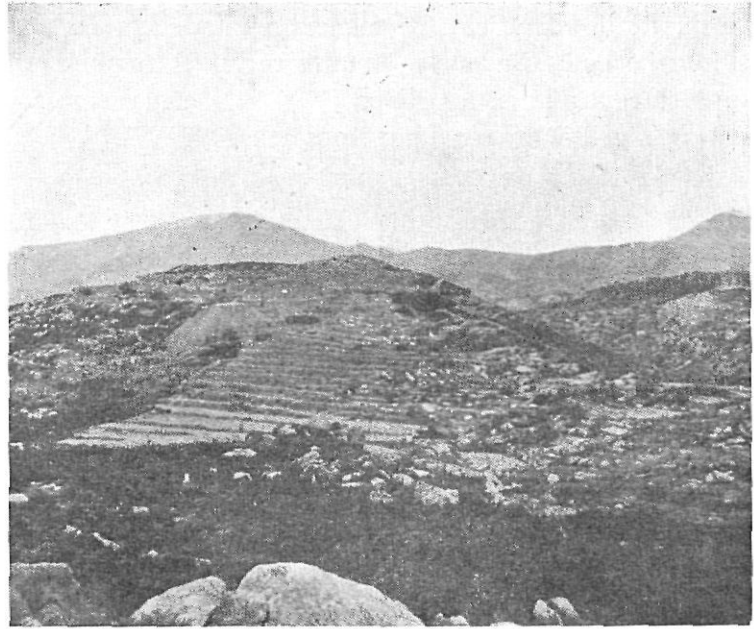
La segunda zona, es el llamado Puig de les Muralles, dentro del conjunto del *Puig Rom*, donde existe un castro o mejor una “ciudadela” de tiempos visigodos, ejemplar muy interesante por ser, hasta la fecha, único en la península ibérica (1).

Estas realidades nos llevan a apoyar con todo entusiasmo los esfuerzos que en estos momentos se están realizando para valorar estos dos conjuntos, en especial el de la CIUADADELA, desde la Dirección General de Bellas Artes, la Diputación Provincial de Gerona, y la Cátedra de Arqueología de la Universidad de Barcelona. Además, nos mueve un sentimiento de profunda nostalgia, al recordar nuestros trabajos en las excavaciones de la Ciudadela; y el redescubrimiento de Puig Rom, y sus excavaciones, que tuvimos la fortuna de realizar en el primero de los



Sarcófagos y muros atestiguan una importante vigencia arqueológica del yacimiento.

La fortaleza de Puig Rom  
es sólo asequible por el Sur,  
donde tiene la única puerta conocida.



yacimientos, colaborando con los amigos Oliva y Riuró, y en Puig Rom, solos, bajo la tutela y la siempre estimada guía del maestro Dr. Pericot. Hoy, desde la Universidad de Valladolid, vemos con interés creciente los ya sensacionales hallazgos que se han realizado en la Ciudadela, y esperamos poder continuar algún día con los trabajos interrumpidos de Puig Rom (2).

Por ello queremos contribuir al volumen de la REVISTA DE GERONA, que la Diputación de Gerona edita para estimular y para dar a conocer a un amplio sector de nuestra población, no solo el interés histórico-arqueológico de los conjuntos de Rosas, del todo indiscutible, sino también para explicar lo que pueden ser los trabajos en una futura proyección de sus resultados.

Por razón de dedicación científica hemos trabajado y estudiado una época que en Rosas está amplia y ricamente representada. Nos referimos a los últimos siglos del Imperio Romano, con su facies cristiana antigua, y a los primeros siglos del mundo medieval llamado visigodo. Estas dos fases enlazan estrechamente los yacimientos de la Ciudadela y de Puig Rom y se hallan representados en ambos de forma rica e interesante (3).

Es evidente que en el momento de plantearnos el interés arqueológico de Rosas desde el Bajo Imperio, nuestro pensamiento vaya a su vecina —y algunas veces rival— ciudad de Emporion. La aparición de las dos ciudades griegas, en el mismo golfo de Rosas, a muy poca distancia, con nombres y —posiblemente— orígenes distintos, pero con una evidéntísima superioridad comercial y política emporitana, es un hecho histórico que no pretendemos ahora explicar ni discutir. Es, quizá el más apasionante de los problemas que en relación a ambas colonias griegas podemos estudiar. Pero sí, queremos señalar un hecho interesante a lo largo del devenir histórico de estas dos agrupaciones originariamente griegas. Es el hecho de la gran escasez de restos arqueológicos romanos del Bajo Imperio especialmente después de las incursiones de francoalamos de tiempos de Galieno en la neápolis griega y en la ciudad romana de Ampurias que dan la sensación de abandono y repliegue de nuevo a la vieja Palaiapolis —donde recientemente los hallazgos cerámicos del siglo IV y VI se han multiplicado— lugar de origen antes de la fundación de la ciudad en tierra firme. La necrópolis se cubre totalmente —excepto la zona de los viejos templos paganos— por una necrópolis que se utilizará hasta tiempos condales; pero la población aparece abandonada, incluso la ciudad romana fundada por César.

Por el contrario, los hallazgos de Rosas, hasta el momento, permiten establecer tres niveles bastante claros —como escribimos hace tiempo a raíz de los trabajos de la Ciudadela en los que participé— un nivel profundo localizado en la zona de la iglesia de Santa María, con restos muy bellos de una crátera de fábrica ática del siglo V en su primera mitad. Otro nivel helenístico rico y más abundante que parecía rastrearse también a lo largo de algunos sondeos en pozos de la explanada del interior de la ciudadela— y que los Sres. Oliva y Maluquer de Motes



han puesto de manifiesto de manera rica y clara en sus recientes excavaciones sistemáticas del interior de la Ciudadela. Y un tercer nivel, también rico que corresponde al Bajo Imperio y que se continúa en los siglos IV y V, y tiene manifestaciones de época visigoda encima (hallazgos del VI) y, en Puig Rom, del siglo VII.

Por tanto, en el terreno de la historia de tiempos romanos de esta región del Ampurdán, todo nos sugiere hablar de la existencia y actividad —frente a la destrucción franca de Ampurias— de la pequeña agrupación comercial de Rosas, que en tiempos visigodos pudo heredar, sino el obispado —que existe en Ampurias— por lo menos la ceca que, junto con Gerunda y Narbo acuñará los bellos trientes de oro desde Leovigildo hasta el antirrey Achila en tiempos de Rodrigo. ¿Qué puede explicar este florecer de una ciudad durante el Bajo Imperio, frente a la destrucción de los centros urbanos notables y famosos como Emporion, Gerunda o Tarraco? ¿Es que en su camino, desde el Summum Pyrenaeum hasta Emporion, los francos no pasaron por Rosas? ¿Es que el puerto de Rosas más reducido, quedaba más resguardado de tramontanas y permitió un refugio más tranquilo después de aquella destructora oleada? ¿Es que Rosas heredó, realmente, el papel comercial de la Ampurias romana, tan provinciana y tranquila? El hecho cierto es la evidencia de un estrato de esta época y la aparición de abundantes restos cerámicos, monetarios, etc., que atestiguan cierta tranquilidad de existencia a lo largo de todos los siglos paleocristianos.

Las excavaciones sistemáticas en los terrenos de la Ciudadela son muy esperanzadoras en este sentido. Tenemos la evidencia de un templo paleocristiano debajo de los restos de la iglesia del siglo XI. Nuestras primeras excavaciones, pusieron al descubierto, junto a las naves de la Epístola de aquella, un grupo de sarcófagos en piedra, y algunos de mampostería recubierta de cal con picadizo de cerámica. Incluso, en el interior del ábside menor lateral de la Epístola, se halló el inicio de una forma semicircular que sugiere, sin duda alguna, un resto de un templo paleocristiano. Es esta zona del pequeño montículo interior de la ciudadela, donde se asienta el templo románico, donde mejores restos pueden aparecer de tiempos paleocristianos de los siglos IV y V, de forma que será importantísimo realizar una excavación metódica y completa en su ámbito, una vez consolidadas las bóvedas y pilares de la iglesia románica, pues fue precisamente su estado ruinoso lo que nos frenó a Oliva y a mi en aquella primera campaña (4).



Tenemos además otra evidencia de la existencia de un templo paleocristiano por lo menos del siglo V, y muy posiblemente del IV ya, dada la abundancia de cerámicas estampadas de los grupos más puros importados de los centros del Africa cristiana de Túnez y Argel. Esta otra evidencia de la que hacemos referencia es la presencia de una ara del altar del templo paleocristiano, reutilizada como una de tantas dove-

Por el Norte, el castro visigodo es del todo infranqueable.

Las habitaciones excavadas, junto a la puerta, se adosan al interior de la fuerte muralla.



las en uno de los arcos fajones de la construcción románica, y recuperada con gran acierto e intuición clara por los Sres. Riuró y Cufí, de cuya colección pasó a los fondos del Museo de Girona. En otra parte hemos estudiado esta ara —desgraciadamente partida por la mitad— y hemos señalado los paralelismos y ejemplos de la vieja Tarraconense y en las mismas Baleares. La fecha, de todas maneras, desde un punto de vista estrictamente tipológico no puede precisarse ya que el tipo es originariamente del siglo IV, pero perdura hasta bien entrado el VI (5).

El gran interés de esta ara, de mármol, es que nos proporcionó un extraordinario documento histórico para nuestro conjunto monumental e incluso para la propia historia de los Condados de la Vieja Marca Hispánica. El ara, fue utilizada por un lapicida de la mitad del siglo X para escribir en versos dactílicos de fuerte sabor clásico, la conmemoración de la reconstrucción desde los cimientos (*a fundamentis*) de la vieja iglesia, quizá la paleocristiana, hecho que realizan los albaceas testamentarios del conde Suñer de Barcelona, que se había retirado a la vida monástica, según dicen los historiadores en el monasterio de La Grasa, pero quizá— por esta lápida precisamente— en el de San Pedro de Roda. En otra parte hemos estudiado este documento epigráfico que creemos debe fecharse entre 948 y 951 cuando ya Suñer ha dejado la vida mundana y realizan su voluntad de reconstruir el templo su mujer y sus hijos, por medio de un “prefector operis”, llamado Argibado (6).

Es interesante este documento, y la pieza en el que está escrito, porque es la demostración palpable de la existencia de un templo paleocristiano al que pertenece la ara del altar. Puede conjeturarse que este templo debió destruirse y posiblemente reconstruirse de manera un tanto precaria cuando se reconquistaban estos territorios ya que el Conde Suñer de Barcelona, a mitad del

siglo X, lo reconstruye desde sus cimientos; pero también puede pensarse que la reconstrucción debió ser del primitivo paleocristiano. Más adelante tenemos la consagración de una iglesia románica en el año 1022, y edificaciones posteriores cuya historia no pretendemos seguir ya que se escapa del propósito de este artículo.

Los hallazgos de tiempos paleocristianos son frecuentes por demás, en todos los sondeos de la Ciudadela, desde los trabajos realizados por Riuró y Cufí y publicados en los Anales del Instituto de Estudios Gerundenses recientemente, hasta las calicatas que realizó Oliva con nosotros en diversas ocasiones, y los estudios estratigráficos que están llevando a cabo en la actualidad Oliva y Maluquer de Montes en la explanada central de la Ciudadela. Todo demuestra que en los primeros siglos de nuestro Cristianismo existió una importante comunidad en Rosas, con relaciones comerciales concretas con las comunidades africanas y, es de suponer, con contactos ideológicos con todo el circuito agustiniano. Las cerámicas estampadas, a las que hace años ya dediqué un trabajo, van apareciendo en Rosas, cada vez más numerosas y abundantes. Las encontramos con Oliva en nuestras campañas, con barnices rosados finos, evidentemente importantes de los talleres africanos; han aparecido ahora con figuras en el fondo de los platos, en un nivel —desgraciadamente destruido modernamente— en las campañas de Oliva y de Maluquer de Montes. Las cerámicas indígenas, de pastas grises, y con los mismos motivos estampados, imitaciones de las importadas y con toda seguridad productos locales más tardíos, son también muy frecuentes. De tal forma son interesantes estos conjuntos, que ya va siendo hora de pensar en un estudio pormenorizado de las cerámicas tardorromanas de Rosas que enlaza las sigillatas del siglo III, con las variantes llamadas sigillata clara D, con las formas estampadas más puras africanas y una rica gama de variedades locales grises que llegan al siglo VI. Tampoco faltan tipos con

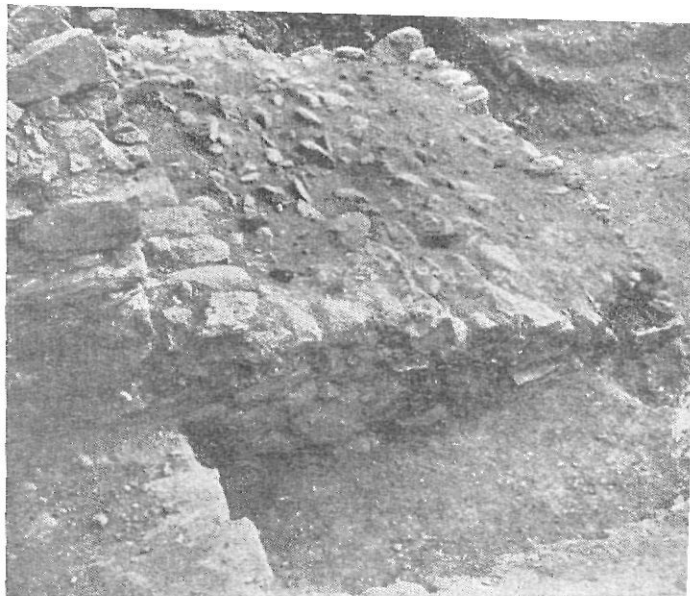


Son construcciones pobres y muy elementales, con abundantes silos entre ellas, y con un carácter marcadamente militar.



▪ Torres cuadradas, adosadas al muro del recinto, son fuerte protección a la Ciudadela.

▪ Los paramentos de la muralla, de técnica bastante cuidada, recuerdan la disposición de la espina de pez



temas de molde aplacados en la superficie del vaso, a semejanza de las técnicas alejandrinas de los grandes "missoria" del Museo Arqueológico Nacional de Madrid, de los platos de Efesos, los de la colección Benaki de Atenas, y una rica serie hallada en Egipto. Aunque no tenemos muestras de estas grandes y ricas piezas que hemos citado, sí las tenemos —halladas muy recientemente— de cuencos del tipo de los de Tamuda, con temas de vasos, leones, osos y otras representaciones en relieve, y colocados en aplique, en la superficie de los vasos, (8 y 9).

Alrededor del montículo donde está Santa María, y donde estuvo —sin duda alguna— el templo paleocristiano, existió una necrópolis desde el siglo IV y quizá hasta bien entrada el VI. La segunda campaña de excavaciones puso en evidencia un sector bastante extenso de la misma debajo de una vieja sala del cuartel medieval. Aparecieron sarcófagos sin labrar y algunos ajuares de interés, como un vaso ovoide de cristal muy bello, que se guarda en el Museo de Gerona. Algún visigodo pudo enterrarse, también, en este cementerio, ya que en la colección Cufí y hoy en el Museo de Gerona, se halla una pestana de un gran broche de cinturón, con placa decorada con almadines de vidrios rojos a manera de granates, típicos del siglo VI visigodo (10).



No solamente atestiguan la importancia de la Rosas tardorromana y cristiana las excavaciones de la Ciudadela. En los años en que esuvimos en Rosas excavando pudimos reunir datos de interés sobre hallazgos aparecidos en los alrededores. En unas viñas al NE de la Ciudadela continúan los estratos de la ciudad romana tardía, y la aparición de pequeñas monedas en todo el ámbito de la ciudad y de los campos que la rodean, es frecuente. Nuestros amigos los señores Guerra y Llorens, nos dejaron estudiar sus pequeñas colecciones de monedas y en ellas pudimos ver lotes bastante numerosos de moneda del Bajo Imperio y de tiempos bizantinos. Su inventario, con fotografías y calcos será preciso algún día publicar cuidadosamente. Recordemos hoy, solamente, algunos datos de estas colecciones formadas por más de 60 piezas algunas muy bellas, y que a partir de Galieno contienen: 10 ases; 1 Maximiliano Hercúleo; 1 Majencio; 2 Constantino; 1 Valentiniano; 1 aureo-flor de cuño, extraordinario, de Teodosio I; 2 ases de Honorio, y 15 medios bronce de los siglos IV y V, de clasificación difícil por su desgaste. De ellos tenemos fichas e improntas que muy amablemente nos permitieron obtener nuestros amigos los propietarios. Es evidente que la circulación monetaria del Bajo Imperio es abundante, más densa que en otras épo-

cas de la historia de Roma; pero en el ámbito de Rosas es muchísimo más abundante que en otras localidades, lo que es índice de actividad eec rónica persistente hasta tiempos visigodos, como demuestra el hallazgo en Puig Rom —como veremos— no solo de moneda visigoda sino también de un interesantísimo sextans romano-bizantino del siglo VII, pesa utilizada siempre para la comprobación de peso del oro acuñado circulante en el mercado.

Tenemos el convencimiento firme de que las excavaciones sistemáticas y completas de la región de la Ciudadela proporcionarán datos históricos muy importantes para estos primeros siglos del Cristianismo, y deseamos ver pronto descubierto el templo de los siglos IV y V que hay debajo de Santa María, un elemento arqueológico casi diré único dada la escasez de ejemplos en todo el ámbito de la Península. Por otra parte, los materiales cerámicos, monetarios, de necrópolis que aparecerán —y en efecto van surgiendo en los trabajos actuales— a lo largo de nuevas excavaciones, permitirán estudiar aspectos muy sugestivos de nuestra arqueología tardorromana y visigoda.



Desde un punto de vista estrictamente visigodo, el yacimiento de Puig Rom presenta características de interés de excepción en este gran conjunto. Por ello, queremos presentar algu-

na de las fotografías que tomamos en nuestras dos campañas de excavaciones que sirvieron para redescubrir y clasificar histórica y arqueológicamente el lugar. Frente a una múltiple estratigrafía del yacimiento de la Ciudadela, que nos atestigua la continuidad de un viejo establecimiento griego rodio, hasta tiempos plenamente actuales, como lugar geopolítico, de indudable trascendencia a lo largo de tantos siglos, la fortificación de Puig Rom responde a un momento único y corto, de manera que el interés de sus hallazgos lo convierten casi en lo que los arqueólogos llamamos un “depósito cerrado”.

Se trata de un cerro fortificado y rodeado por una magnífica muralla, con sus torres cuadradas salientes y una puerta de acceso por el Sur, descubierta a lo largo de nuestros trabajos. El recinto amurallado, formado por una muralla ancha con dos paramentos —exterior e interior— rellenos de piedras y tierra, presenta características muy afines a los recintos fortificados bizantinos del Africa de Justiniano y representa una última manera de las modas romanas, incluso las torres cuadradas nos recuerdan los planos de tiempos del Bajo Imperio. Pero la disposición del aparejo de estos paramentos tiene un fuerte cariz medieval. Se trata de una especie de “opus spicatum” con hiladas alternadas de grandes bloques y pequeñas lajas del granito de la montaña que sirven de asiento a las piedras mayores. Esto recuerda a veces la



En las primeras excavaciones realizadas por Folch y Torres apareció un jarrito litúrgico eucarístico hispano-visigodo.



Broches visigodos de placa rígida,  
confirman la época del castro  
en la segunda mitad del siglo VII.

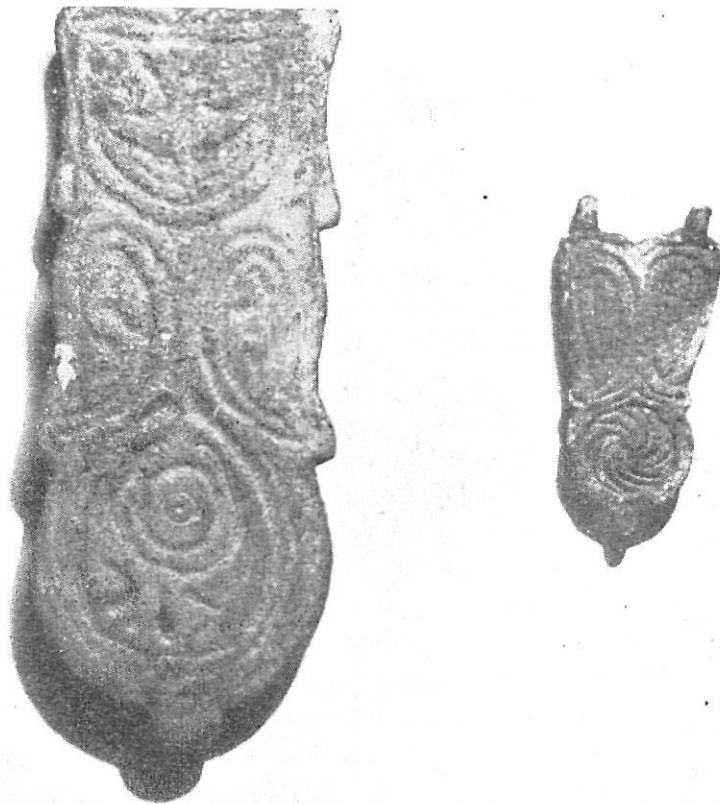
espina de pescado, sin llegar a tener la disposición típica de estas estructuras prerrománicas. Las torres cuadradas están adosadas al muro y dos de ellas flanquean la entrada. La forma cónica del cerro ha hecho que la parte interna del recinto, más fértil desde un punto de vista arqueológico, sea la adosada a la muralla.

Los hallazgos de objetos de uso diario son muy uniformes y muy interesantes. Todos los objetos responden a un momento arqueológico uniforme, con alguno anterior. Lo más representativo son los bronce hispanovisigodos fechables en la segunda mitad del siglo VII: broches de citurón de placa de perfil liriforme o arriñonado de fábricas orientales, dentro del reino visigodo; un sextans de bronce cilíndrico con inscripción griega (dos onzas) entre una cruz; un lote grande y muy variado de instrumentos de hierro para uso de carpintería o bien otros menesteres de tipo más o menos agrícola; y un lote más reducido de cerámicas típicamente de época visigoda, como son los oinokoes de barro basto, grisáceo, sin decorar. Y, entre todos los objetos, un triente acuñado por Achila, en tiempos de Rodrigo, en la ceca de Gerona, que constituye la última serie de acuñaciones visigodas en la ceca gerundenses. El ejemplo único, es de un gran interés numismático e histórico (11).

Algunos objetos nos hacen pensar en reminiscencias anteriores, pero no muy alejadas del momento de la construcción del castro, nos referimos a una lucerna de tipo paleocristiano de los siglos IV y V, muy restaurada, y una serie de bronce romanos imperiales que circulaban como moneda corriente durante todo el reino de los visigodos que sólo acuñaron oro, sirviéndose de las series imperiales anteriores como moneda divisionaria. Por tanto, dos lotes perfectamente explicables y que no pueden justificar una fecha romana del establecimiento.

Desde un punto de vista histórico, el yacimiento de Puig Rom tiene un gran interés. Ante todo podemos asegurar que no se trata de una ciudad a la manera de una Recópolis, por ejemplo, sino de un establecimiento militar que debió fundarse en circunstancias concretas respondiendo a una necesidad y que —por los hallazgos que tenemos— hay que colocar en la segunda mitad del siglo VII, sin que podamos decir que se utilizara en época árabe, ya que nada existe de este momento entre los hallazgos de las excavaciones.

El utillaje que encontramos en los trabajos, la misma situación topográfica y otras circunstancias, nos recuerdan, en cierta manera, el puesto militar del alto de Yecla, cerca de Santo Domingo de Silos, en la provincia de Burgos, sin que, por otra parte, tenga comparación posible en su sistema de fortificación amplio, y bien desarrollado en Rosas, e inexistente en la Yecla, dadas las características topográficas del lugar que lo hacen, en el yacimiento burgalés, casi innecesario.



¿Cuándo pudo establecerse este puesto fortificado? La cronología de los objetos hallados nos lleva, en bloque, a la segunda mitad del siglo VII. En este momento sabemos que el monarca visigodo Wamba —según nos explica su biógrafo San Julián obispo de Toledo en la “Historia Wambae regis”— tiene precisión de sofocar un levantamiento de tipo romano-bizantino en la Septimania y en el levante de la Tarraconense, dirigido por Paulus uno de sus condes. Paulus era bizantino (*Paulus erat de graecorum nobili natione*” dice San Julián). Como Dux, es enviado por Wamba a sofocar la rebelión de Hilderico, comes de la Septimania que en Nimes ha logrado proclamarse rey (672-673), atrayendo a su causa incluso al obispo Junildo de Magalona (la actual Villeneuve-le-Maguelonne, Hérault), si bien se le opuso el obispo de Nimes Aregio, detenido e internado en el reino de los francos.

Paulus, con su ejércitos visigodos pasa por Tarraco, donde atrae a poderosos personajes a una causa personal, entre ellos al dux de la Tarraconense Ransindo. Se apodera de Narbona donde se le elige Rey y donde se le reunen otras tropas. San Julián nos cuenta que, para debilitar el esfuerzo de Toledo para reprimir su sublevación, logra levantar a vascones y a francos contra Wamba; pero éste, con un gran esfuerzo, en 7 días logra vencerlos, y pasando por Calahorra y Huesca divide a su ejército que en tres cuerpos distintos va contra Paulo: Un primer cuerpo va a la Cerdeña, por Julia Livia; otro sigue la ruta de Ausa hasta Barcelona y Gerunda, y un tercer cuerpo avanza hasta la costa, y es de suponer pasa por Rosas donde vive una población básicamente hispanorromana siempre dispuesta a unirse a todo movimiento que signifique poder sustraerse del gobierno godo.

Los tres cuerpos se reunen en Narbona apoderándose de la ciudad. Siguen en su camino ocupando Agde y Béziers y otras localidades, sitiando y venciendo a Paulus en Nimes, en cuyo anfiteatro Paulus le entregó la hebilla de su cinturón en señal de sumisión. Wamba sofocada la rebelión, emprendió una importante obra de restauración. Reedificó las murallas de Nimes y las de Narbona, devolvió al cuerpo de San Félix de Gerona, la corona de oro que le había ofrendado Recaredo y que “*el insensato Paulus*” había puesto sobre su cabeza, según San Julián.

Todas estas, y otras efemérides leemos en las obras “*Iudicium in tyrannorum perfidia promulgatum*” “*Insultatio vilis storici in tyrannidem Galliam*” y en la propia historia de Wamba citada. Lo que no encontramos más que mediante la excavación arqueológica es la aparición de una amplia serie de medidas de tipo militar para evitar nuevas sublevaciones, que debió tomar el monarca, y que creemos pudieron dar lugar al establecimiento de una pequeña guarnición en Puig Rom que, a la vez que vigilaba el paso hacia el Cabo de Creus, uno de los pocos caminos hacia las Gallias después del actual Pertús, a la vez vigilaba a la población hispanorromana cristiana de la Ciudadela. Por ello el yacimiento tiene tan gran interés en relación al conjunto de la Ciudadela en la época en que gobiernan los godos en Hispania. Además, el hallazgo del treinta acuñado por Achila nos muestra que también fue una plaza fuerte de este pretendiente a la corona frente a lo que juzgó una usurpación del rey don Rodrigo, ya en las postrimerías del poder visigodo inmediatamente antes de la irrupción árabe en la península (12).

El papel de la población de Rosas en los siglos últimos de la romanidad fue por tanto interesante y —en su reducido ámbito de un pequeño asentamiento costero— puede proporcionarnos datos que, al proyectarse a horizontes históricos y demográficos más importantes ofrezcan luz



Un sextans (dos onzas) para comprobar el peso del oro, lleva en la cara anterior, al lado de la cruz griega, las siglas, también en alfabeto griego. (Muy aumentado).



El único tridente conocido de la ceca de Gerona, acuñado en tiempos de Achila, atestigua la ocupación hasta el final del reino visigodo.

En el anverso pone ✚ N. H.º N. ACHILA. En el reverso: ✚ GERVND A PIVS. (Aumentado tres veces su tamaño).

intensa para el estudio de una de las etapas más oscuras y desconocidas de nuestra vieja historia. Si a través de los escasos datos de excavación hasta ahora disponibles y de unas pocas —no hay otras— fuentes históricas podemos ya plantear síntesis con cierto valor general, nuestras esperanzas son muchísimas cuando las excavaciones de la Ciudadela y las de Puig Rom hayan alcanzado una extensión y madurez que su interés aconseja. Por ello el conjunto de yacimientos de Rosas, creemos es de una importancia capital en el ámbito de nuestro pasado y por ello nos cegan a lo más profundo de nuestro sentir, todos los esfuerzos que están haciendo para salvar estos dos conjuntos, y queremos felicitar públicamente, a cuantos dedican sus afanes a esta tarea.

### NOTAS :

- 1.—PERICOT, L. COROMINAS, J. M. OLIVA, M. RIURO, F. y PALOL, P. de "La labor de la Comisaría Provincial de excavaciones arqueológicas de Gerona durante los años 1942 a 1948". Informes y Memos. de la Comisaría Gral. de Excav. Arq. núm. 27. Madrid, 1952. Págs. 134 y ss. Láms XXIX-XXXIV
- 2.—IDEM. págs. 163 y ss. Láms. XLII a LV.
- 3.—En 1949 escribimos un estudio titulado "El Golfo de Rosas en la Baja Romanidad y en época visigoda" como trabajo científico a oposiciones de cátedras, estudio que ha permanecido inédito.
- 4.—RIURO, F., CUFÍ, F. "Prospecciones arqueológicas en Rosas (Gerona)" Anales del Instituto de Estudios Gerundenses, XV. Gerona 1962, págs. 203 y ss. Es importante la calicata número 4 que muestra el posible ábside paleocristiano debajo del románico.
- 5.—PALOL, P. de "Las mesas de altar paleocristianas en la Tarraconense" AMPURIAS XIX-XX. Barcelona 1957-1958. pág. 82.
- 6.—PALOL, P. de "Una lápida medieval de Santa María de Rosas" Anacleto Sacra Tarraconensis, XIX, 1946, pág. 273 y ss.
- 7.—Ver nota 4. Constituyen la segunda fase de investigación arqueológica en busca de la colonia griega de Rhode. La primera la llevó a término el profesor Bosch Gimpera, y sus sondeos, en parte, fueron reemprendidos por Riuro y Cufí, y después por Oliva, Riuro y por mi en las campañas publicadas por la Comisaría de Excavaciones.
- 8.—PALOL, P. de "Cerámica estampada romanocristiana" Crónica del IV Congreso Arq. del SE. español. Elche 1948. Edición Cartagena 1949, págs 450 y ss. (v. Rosas en pág. 462).
- 9.—OLIVA M. "Las excavaciones en la ciudadela de Rosas" Noticiario Arq. Hisp. VI 1-3, Madrid 1964, págs. 162 y ss. IDEM. "Tesela Arqueológica: Excavaciones Arqueológicas: Rosas" REVISTA DE GERONA, núm. 26. Gerona 1964. Muy interesantes las dos figuras de cerámica estampada, de la página 66.
- 10.—PALOL, P. de "Fibulas y broches de cinturón de época visigoda en Cataluña" AEAq. 78. 1950. Madrid. Págs. 73 y ss. Lám. 3. Los ejemplares de Puig Rom, publicado en este mismo trabajo, figs. 6 y 7.
- 11.—PALOL, P. de "Ponderales y exagia romanobizantinos en España" AMPURIAS XI. Barcelona 1949, págs. 126 y ss: Fig. 2 de la Lám. 1.
- 12.—Sobre este tema presentamos una comunicación al Curso Internacional de Estudios Ligures, en Nimes, en el año 1948, que ha quedado inédito.